



LOS DOS DISCÍPULOS DE ISAN, EL MAESTRO SUFI

Por Ada Albrecht

Cierta vez, un maestro *Sufi* abrió una Escuela de Mística en las afueras de Bagdad. Poco después se inscribieron en ella los dos primeros discípulos. Ambos eran extremadamente diferentes. Uno era hijo de un potentado, vestía mantos muy finos y adornaba su cuerpo con alhajas costosísimas. El segundo, hijo de un camellero, era muy humilde. La túnica con la cual cubría su cuerpo estaba confeccionada con el pelo de los animales cuidados por su padre. Era descolorida y siempre parecía estar sucia. El primer discípulo se llamaba Alí, el segundo, Kusak. Los dos tenían la misma edad, unos dieciocho años.

Al día siguiente de haberse presentado comenzaron a tomar sus clases con el Maestro, cuyo nombre era Isan, y que se hallaba agraciado con los divinos dones de la música y la poesía.

Las primeras palabras que Isan dirigió a sus dos discípulos fueron:

—Con la ayuda de la música y la poesía me abro caminos hacia las estrellas. Siento que los pájaros van conmigo, y el aliento de la brisa perfumada, y la luz emergida de la corola de los lotos. Al Cielo subo y estoy siempre de fiesta, ebrio de alegría, en la taberna de mi corazón, sí, en la taberna del corazón, donde el alma se embriaga con el vino de la Devoción, como el sabio Rumi nos enseña. Y todo esto porque la música y la poesía me acompañan; ellas son las manos de mi alma con las que rezo a los pies del Señor, y son también la voz de mi espíritu que clama por Él. ¿Qué sería yo sin ellas? Seguramente que mi cuerpo se desplazaría por la tierra como una piedra sin vida...

El Maestro Isan, cabalgando en los corceles del sonido, y llevando sobre su corazón las joyas de la madre poesía, se había hecho un gran viajero del país Universo, porque el Universo, para él, era uno de los millones de países que poseía el Gran Rey de todos, el Gran Rey Alah.

Así fue cómo Isan comenzó a enseñarles pacientemente y con dedicación, mediante cantos devocionales y dulces poemas, las más grandes verdades a sus dos discípulos.

Con el paso de los meses, en el corazón del Maestro nació un especial afecto por Alí. Sin embargo... éste no lo quería.

—Mi padre me ha enviado aquí con Isan para que me enseñe las divinas magias del Espíritu. Ellas son las que hacen posible desde tiempo inmemorial que el vino pueda convertirse en agua y el agua en vino, o la vida en muerte y la muerte en vida. En vez de ello, encuentro un loco que canta todo el día y escribe poemas que no se entienden. El tonto de mi compañero lo escucha extasiado. Es un ciego que, sin tener el don de la visión, se arroba ante el resplandor del sol del que sólo intuye el prodigio de sus rayos. Sin embargo, por alguna razón el atolondrado de mi supuesto Maestro se desvive por mí, en tanto que rechaza al hijo del camellero, su fiel discípulo. ¿Será que hipócritamente demuestra quererme porque está interesado en el dinero de mi padre? ¿O será simplemente porque no está en sus cabales? Pero, por otra parte, ¿por qué desprecia a Kusak?

Tales eran las oscuras reflexiones cotidianas de Alí con respecto a su Maestro.

Como los días y los meses pasaban, y la paciencia de Alí se iba acabando, decidió, por fin, hablar con el Maestro Isan, y desnudar su alma frente a él, confesándole todo lo que sentía. Así, fue hasta donde se hallaba el Maestro y le dijo:

—¡Usted canta y escribe poemas todo el día! ¡Yo he venido a aprender la magia que poseían los ancianos *Sufis*! ¡Nada de

eso me da! Yo sólo debo escuchar sus tontas melodías día y noche. Eso me agobia y da nacimiento en mí a la iracundia. ¿Qué puedo hacer? Creo que lo mejor será abandonarlo y decirle a mi padre que me busque otro Maestro. Por otra parte, aunque apenas puedo tolerar su presencia, veo que usted manifiesta un gran afecto hacia mí. Al mismo tiempo, observo que para nada le es querido el hijo del camellero, en tanto que él se desvive por usted. ¡Explíqueme esa extraña actitud suya!

Isan quedó en silencio por un breve instante. Luego, sonriendo, tomó la mano de su discípulo Alí, y comenzó a caminar hacia la fuente de lotos que existía en su escuela. Por el camino se unió a ambos el joven Kusak. Era la media tarde y las robustas palmeras que se apretaban entre sí, abandonaban el sutil reflejo de sus cuerpos en la fuente colmada de lotos azules y blancos. Los tres tomaron asiento en uno de los amplios bancos ubicados a la vera de la fuente. Ninguno de ellos hablaba. La tarde estaba calma, y el silencio hubiera sido absoluto, a no ser por el zumbido de las abejas que, posadas sobre los pétalos de los lotos, buscaban la gota de agua bienhechora que calmara su sed. Algunos de los pequeños insectos perdían pie, cayendo al agua, donde comenzaban a ahogarse.

Rápido como un rayo, Alí se arrojaba a la fuente para salvar al insecto que había caído. Varias veces había observado el suelo, sin hallar ni una hoja ni una rama de los cuales valerse,

tendiéndolas en la fuente hacia las abejas caídas, a fin de salvarlas, de modo que optó por sumergirse él mismo en las aguas, para salvar a los diminutos insectos. Su hermosa túnica se vio así enlodada y mojada una y otra vez, pues apenas salvaba a una de ellas, otra se caía, y otra, y otra más. Allí pasó toda la tarde concentrado en la salvación de las abejas. Su Maestro y su compañero, para él habían desaparecido. En verdad parecía que para el bueno de Alí toda la vida del Universo se encontraba en esa fuente y sus diminutas abejas.

Isan lo observaba sonriente. Alí no lo veía. En esa extraña labor pasaron las horas. Ya al anochecer, regresaron las abejas a sus panales, y la fuente quedó silenciosa.

Durante todo el tiempo que estuvieron en la fuente, Kusak, el hijo del camellero observaba a su condiscípulo Alí con reprimida sorna. Se burlaba de él, mientras se decía:

—Nunca he visto un idiota como este pobre Alí. Se pasó toda la tarde luchando para salvar la vida de esos miserables insectos, mientras que la más hermosa poesía espiritual del mundo se halla en los labios de nuestro Maestro, a quien él abandonó para pensar en las abejas.

De pronto, se escuchó la voz pausada de Isan.

—Alí, hijo mío, es hora de que sepas por qué mi corazón te quiere. Es porque has aprendido a abrirte a la Vida del Univer-

so. Has descubierto el Misterio de Dios, que se guarece en el cuerpo de Sus criaturas para mirarnos desde ellas detenidamente. El Amor ha guiado tus manos y has salvado a las maestras de las mieles una y otra vez. Por ello, se halla próxima a ti otra clase de miel: la Divina Miel de la Madre Devoción. Ella abrirá sus panales para darte a beber de su dulzura. Tu corazón está maduro, y por eso yo cantaba y componía poemas en mi alegría de tenerte junto a mí. Estás cerca de la Realización. Sabrás que no te arrobabas ante mi música ni mi poesía como no puede arrobarse el arroyo por una copa de agua que se vierte sobre él. La música que mora en tu corazón, es la más sagrada de todas: se llama la música de la Divina Compasión. ¿Cómo podías maravillarte de mi tesoro, siendo que las arcas de tu ser poseen ya semejante riqueza? En tanto que tú, mi querido Kusak, que has permanecido impertérrito ante el dolor y la muerte de esos pequeños insectos, tienes aún un largo camino que recorrer. Tu alma es insensible aún. Tu alma bebe el acíbar de la indiferencia a la que por error crees Sabiduría. Me miras y me oyes con profundo afecto porque cuanto tengo es tu destino futuro, lo que deberás conquistar. Hijo querido, aún caminas por las laderas, en tanto que Allí, en la cumbre de la montaña, extiende sus manos hacia lo alto para abrazarse al Universo. Sin embargo, todo esto es sólo ilusión, el tiempo

mismo es una ilusión, ya que en verdad, el alma del universo, como la nuestra, mora en la Eternidad.

Alí y Kusak escucharon las palabras de su Maestro y se abrazaron a sus pies.

—Perdón Maestro, por mis palabras arrogantes —dijo Alí—. Ahora comprendo que era mi ego quien hablaba.

—Perdóname Señor —dijo Kusak—, por mi orgullo. También a mí, alguna vez, ha de vestirme la santa compasión, y aprenderé a ser un buen discípulo.

La emoción embargaba a los dos jóvenes. Entonces, el Maestro Isan, finalizó diciendo:

—A través de nuestras buenas obras, ha dispuesto Alah que lleguemos a idéntico lugar. La Salvación es hija del trabajo constante en los telares de la Vida. En ellos se conquista el arte de conformar bellísimos paisajes, aprendiendo inteligentemente cómo mezclar sus hilos de colores. Esa es nuestra vida en la sociedad, esas nuestras labores normales, y ese el por qué de nuestro destino en este mundo paradójico que a través de infinitos instantes nos va otorgando la infinita Eternidad.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
